CAPÍTULO XIV.

Los franceses violan el armisticio.—Sorprenden los puntos mas importantes.—Terrible matanza.—Resistencia y heroismo de Garibaldi.—Sitio de Roma.

«Un General que se acuesta, confiando en la fé de un tratado, suele ser víctima de un engaño al despertar.»

FALARD.

La salida de tropas para vigilar á los austriacos, debilitó la guarnicion de Roma, y antes de destacar á la segunda division, comenzóse á discutir acerca de la conducta que observarian los franceses en aquellas circunstancias, punto que no dejaba de inspirar cierta inquietud. En su consecuencia, el general en jefe dirigió una carta á Oudinot, á la cual contestó este inmediatamente, y aquí creemos necesario reproducir ámbos documentos á fin de que se puedan apreciar mejor los hechos que entonces tuvieron lugar. Hé aquí el contenido de la carta de Roselli:

«Ciudadano General:

«Estoy plenamente convencido de que el ejército de la República romana luchará algun dia bajo la misma bandera que el ejército de

la República francesa para defender los mas sagrados derechos de los pueblos. Esta conviccion me induce á proponeros una cosa que espero aceptareis: tengo entendido que se ha firmado un tratado entre el Gobierno y el ministro plenipotenciario de Francia, y que aquel no merece vuestra aprobacion, pero antes de manifestaros mi objeto, y sin que sea mi ánimo descifrar aquí los misterios de la política, creo necesario enterar de ciertos detalles al general en jefe del ejército francés.

«Los austriacos se han puesto en marcha y tratan de concentrar sus fuerzas en Faligno con objeto de avanzar luego por el valle del Tiber y reunirse con los napolitanos por la parte de los Abruzos. No creo que veriais con indiferencia llevar á cabo este plan.

«Conceptúo un deber comunicaros mis noticias acerca del movimiento de los austriacos, con tanta mas razon cuanto que vuestra actitud dudosa paraliza nuestras fuerzas y puede ser favorable al enemigo, razon que me parece bastante poderosa para pediros un armisticio ilimitado, debiendose notificar con quince dias de anticipacion el rompimiento de las hostilidades.

«Creo, General, que este armisticio es necesario para la seguridad de mi pais, y le pido en nombre del honor del ejército y de la República francesa.

«Si los austriacos penetran con sus columnas en Civita Castellana, el ejército francés será el responsable de habernos obligado á dividir nuestras fuerzas en un momento en que nos son tan necesarias para combatir á los enemigos de Francia.

«Tengo el honor de rogaros, General, que me contesteis cuanto antes, y entre tanto, os saluda fraternalmente

«Roselli.»

El jefe del ejército francés contestó lo siguiente:

«General:

«Las órdenes de mi Gobierno son terminantes y por ellas se me previene que entre en Roma tan pronto como me sea posible. He consentido en que se aceptase un armisticio, á ruegos de Mr. Lesseps,

pero ya he avisado á los puestos avanzados que podian romperse las hostilidades.

«Solo con el objeto de dar tiempo á la gente pacífica para salir de Roma, y á invitacion del Canciller de la Embajada francesa, diferiré el ataque hasta el lunes por la mañana, á mas tardar.

«Recibid, General, las seguridades de mi mas distinguida consideracion.

«El General en Jefe del Cuerpo de ejército del Mediterráneo,
«Oudinot, duque de Reggio.»

La carta del general Oudinot supone que él fué quien concedió el armisticio, siendo asi que lo propuso, por el contrario, cuando sus tropas fueron derrotadas delante de Roma.

En la misiva, sin embargo, se aseguraba al general Roselli que el ataque no tendria lugar hasta el lunes, es decir, el 4 de Junio, y es de advertir que el representante militar de la República francesa, dió su palabra con la intencion de faltar á ella villanamente, pues en la noche del 2 de Junio, á una hora avanzada, los franceses se apoderaron por sorpresa de los puestos mas importantes de los romanos. Estos dormian tranquilamente, y con ellos Garibaldi, confiando en el honor de una gran nacion y en la promesa de su representante, pero á eso de las tres de la mañana, el estampido de los cañonazos despertó al General, y antes de que pudiese llegar al punto del peligro, ya estaba consumada la inícua traicion.

En la noche del 2 de Junio, una columna francesa, protegida por la oscuridad, consiguió llegar á la Villa Pamphili: al preguntar el centinela, ¿quién vive? contestóle una voz *¡Italia!* y creyendo entonces el soldado que eran compatriotas los que venian, permitió que se acercaran, pero esto le costó la vida, pues á los pocos momentos cayó cosido á puñaladas, y entonces penetró tranquilamente la columna en la Villa Pamphili, donde fueron muertos ó hechos prisioneros cuantos tuvieron la mala suerte de caer en poder de los invasores. Las Villas Valentini y Corsini fueron sorprendidas del mismo modo, mas no sin que luego opusieran alguna resistencia, con lo cual cundió la alarma; los artilleros corrieron á sus puestos y Garibaldi y

los ciudadanos, convencidos de la perfidia de que eran víctimas, se prepararon á la defensa.

Medici y Emele Dandolo han referido los pormenores de la lucha, haciendo la descripcion de los puntos estratégicos que ocupaban los combatientes, y como estos detalles nos parecen necesarios, reproduciremos la relacion de Garibaldi, que es, en nuestro concepto, la mas interesante.

«Desde la puerta de San Pancracio parte una senda que conduce directamente á Vascello, siendo su longitud de unos doscientos cincuenta pasos, y á su extremo se divide el camino en dos vias, una de las cuales, la de la derecha, costea los jardines de la Villa Corsini y se une con el camino de Civita Vecchia, mientras la otra conduce directamente al primero de dichos puntos, distante unos trescientos metros.

«La Villa Vascello es un gran edificio macizo, compuesto de tres pisos, rodeado de jardines y altas paredes, y á unos sesenta pasos hay una pequeña casa desde la cual se puede hacer fuego contra la Villa Corsini.

En el camino de la izquierda, á unos cien pasos del principal, se encuentran tambien otras dos casas, y la Villa Corsini, situada en una eminencia, domina los alrededores. Su posicion es muy fuerte, pues para ser atacada sin abrir paralelas, seria necesario pasar por la puerta que hay en el extremo del jardin, sufriendo el fuego concentrado que el enemigo podria hacer desde la espesura, ó protegido por los parapetos, las estátuas y la casa misma.

«El terreno es muy desigual por todas partes, y mas allá de la Villa Corsini, ofrece puntos favorables para el enemigo, el cual podria utilizarse de ellos perfectamente en el caso de verse precisado á dejar la casa.

«Cuando llegué á la puerta de San Pancracio, estaban ya tomadas la Villa Pamphili, la Villa Corsini y la Villa Valentini; solo Vascello quedaba en nuestro poder, pero siendo dueño el enemigo del segundo de dichos puntos, era esta un sensible pérdida para nosotros, porque ocupandole mis tropas, los franceses no podrian abrir sus paralelas. Hacíase pues preciso apoderarse á toda costa de la Villa Corsini; tra-

tábase de una cuestion de vida ó muerte para Roma, y el ataque debia ser desesperado, sin lo cual no podia conseguirse el objeto.»

En su consecuencia, Garibaldi reunió á toda su gente, con esa voz que dominaba el tumulto y escitaba el entusiasmo de los que la oian; los intrépidos voluntarios de Montevideo y los bravos oficiales de la legion, estuvieron bien pronto á su lado, y haciendo un heróico esfuerzo, se tomó la Villa Corsini, pero habíanse sufrido tales pérdidas, que no era posible conservarla mucho tiempo. En efecto, á poco volvieron los franceses con numerosos refuerzos, volvieron á recobrar la Villa despues de una terrible carnicería, y aun cuando los romanos intentaron conquistar de nuevo la posicion, hubieron de retirarse al fin, no pudiendo sostener aquella lucha tan desigual.

El esforzado Manara llamó á sus hombres, y al confiar el mando al capitan Enrique Dandolo, les dijo: ¡Lombardos! es preciso tomar esa Villa ó perecer en la demanda! ¡Acordaos que Garibaldi os está mirando!

—General, dijo entonces Ferrari, el jefe que habia dirigido el ataque anterior; no con ánimo de disminuir el peligro, sino con el de asegurar el éxito, me voy á permitir una observacion, pues conozco perfectamente la localidad y sé lo que puede hacerse. En vez de seguir la senda del jardin y atacar de frente, yo marcharé por la derecha mientras Dandolo irá por la izquierda; una piedra tirada por mí, le indicará el momento en que mi gente está dispuesta, y cuando él me avise con la misma señal, tocarán nuestras ocho trompetas y nos lanzaremos al asalto.

Garibaldi aprobó el plan, y el éxito coronó los esfuerzos de aquellos valientes; el corazon de nuestro héroe palpitó de alegría al oir el toque que daba la señal de asalto.

Los arrojados sitiadores penetraron en la Villa, que estaba defendida en todos los puntos, sufriendo un fuego horroroso; las escaleras del edificio principal y los alrededores, estaban cubiertas de cadáveres y moribundos, y la Villa, tomada y recobrada despues de una sangrienta lucha, quedó al fin en poder de los franceses. Lo que Garibaldi necesitaba era gente; el enemigo contaba con 20,000 hombres, y como el general no podia disponer sino de 2,000, resulta de

aquí que á cada compañía de romanos, podia oponer Oudinot un batallon.

Uno y otro partido sabia cuan ventajoso era apoderarse de la Villa Corsini, y por eso lucharon con sin igual obstinacion.

Despues de aquella espantosa refriega, Garibaldi intentó un último esfuerzo con algunas tropas reunidas apresuradamente por Hugo Bassi. Marina acababa de llegar á la cabeza de veinte lanceros, y á poco salió el general de Vascello á fin de dirigir el ataque él mismo. Cuando los romanos supieron que Garibaldi en persona iba á conducirlos al combate, rayaba en delirio el entusiasmo de todos, y entonces fué cuando Manara se distinguió por un brillante hecho de armas. Seguido de sus lanceros, y atravesando por la esplanada de la Villa, acercóse hasta el edificio principal y cargó al enemigo con sus ginetes, pero en aquel momento una mortífera descarga los barrió completamente, si bien Manara, á la cabeza de sus *bersaglieri*, atacó entonces á la bayoneta y la Villa fué tomada. La victoria, sin embargo, duró poco, pues los franceses volvieron con su reserva y los romanos hubieron de abandonar el campo aunque no sin un terrible combate, que segun Garibaldi fué el mas mortífero de todos aquellos en que hasta entonces habia tomado parte. El general se retiró el último y tuvo la suerte de salir ileso, pero su capote estaba acribillado á balazos; los pocos hombres que le precedian alcanzaron la línea de casas que estaba aun en poder de los romanos, y desde allí sostuvieron un nutrido fuego de fusilería con el enemigo.

Llegada la noche, Emele Dandolo, escritor de nota, y Gaffredo Manelli, jóven poeta genovés, pidieron permiso para intentar otro asalto á la cabeza de cien hombres resueltos, y aunque Garibaldi no veia ninguna probabilidad de éxito, les contestó: «Haced lo que gusteis; acaso sea Dios quien os inspira.» El ataque se dió con singular arrojo, mas todo fué en vano; numerosas y bien disciplinadas tropas defendian la posicion, y habiendo quedado fuera de combate cincuenta hombres, volvieron los demás con sus jefes gravemente heridos. La batalla estaba terminada; los franceses eran dueños de la Villa, y así por su número como por sus recursos podian considerarse entonces como invencibles. Los romanos perdieron 180 oficiales, y soldados en

proporcion; aquel sacrificio fué necesario, pero demasiado sangriento.

No hubiera sido posible arrostrar la muerte con mas intrepidez y heroicidad que los romanos, mas debe tenerse en cuenta que fué Garibaldi quien los condujo al combate.

Los franceses no obtuvieron, sin embargo, todas las ventajas, pues aunque dueños de la Villa Corsini, no pudieron impedir que sus adversarios recobrasen otras posiciones con las cuales se formó una línea de defensa.

Oudinot estaba resuelto á continuar el sitio poniendo en juego todos los recursos de que podia disponer un ejército de cuarenta mil hombres: Garibaldi comprendió que salvar la ciudad era imposible, que no quedaba otro remedio sino caer con gloria, pero estaba resuelto al sacrificio para que resaltase mas la indigna traicion de los que habian violado el armisticio.

Garibaldi estableció su cuartel general en el Casino Savorelli, que dominaba las murallas, la puerta de San Pancracio, el Vascello, y las Villas Corsini y Valentini, pudiéndose por lo tanto observar desde allí cuanto pasaba en los mas importantes puntos de defensa. La posicion no obstante estaba muy espuesta al fuego del enemigo, pero Garibaldi se fortificó lo mejor que pudo, resuelto á esperar los resultados en su nueva posicion.

Los franceses descubrieron bien pronto donde se hallaba el general enemigo; observaron tambien que este no abandonaba un momento una especie de observatorio situado en la parte mas alta del edificio principal, y entonces dirigieron sus fuegos hácia este punto sin cesar un momento. El célebre jefe arrostró el peligro con admirable serenidad y los franceses no fueron bastante generosos para respetar al héroe que les daba tan admirable ejemplo de intrepidez. Fué materialmente milagroso que no le tocase ninguna de las balas que como una lluvia caian á su alrededor. Las páginas de la historia no recuerdan probablemente ningun caso en que la Providencia haya protegido tan decididamente la vida de un hombre; sin duda, en sus altos fines, le reservaba para otras empresas en las que de nuevo debia brillar su génio, y para otra época en la que pudieran apreciar mejor los hombres cuanto valia.

Ya hemos dicho que el observatorio de Garibaldi era el blanco de los tiros del enemigo: un oficial romano del estado mayor, queriendo probar que no temia las balas, y precisamente cuando el fuego era mas nutrido, izó una bandera en la que se leia en caracteres enormes: BUENOS DIAS, CARDENAL OUDINOT, y los franceses tuvieron el mal gusto de contestar á esta inofensiva broma con un torrente de metralla que hizo retemblar hasta en sus últimos cimientos el edificio donde se hallaban aquellos valientes.

El general Avizani, ministro de la guerra, subió al observatorio de Garibaldi, y viendo el peligro á que se esponia, dispuso que se levantára al momento una empalizada de sacos de arena.

Los peligros á que se espusieron Garibaldi y sus oficiales, fueron de aquellos que tienen pocos ejemplos en los anales de la guerra. He aquí la sencilla relacion que sobre esto hizo el general y que no deja de ser tan curiosa como interesante:

«La saña con que los artilleros franceses se habian propuesto destruir mi pobre cuartel general, lanzando contra él un verdadero huracan de hierro, dió lugar á escenas muy divertidas: cierto dia, era el 6 ó 7 de Junio si mal no recuerdo, mi amigo Vecchi, que era á la vez cronista y actor en el drama que representábamos, subió á verme á la hora de comer, y como justamente tenia yo convidados, habia dado órden para que me trajesen de Roma algunos platos mas, á fin de obsequiarles lo mejor posible. Notando yo que á Vecchi se le despertaba el apetito, invitele á que nos acompañase, asi como tambien al general Avizani y á Constantino Rita, que se hallaban allí, y bajando al jardin, comenzamos nuestra comida. Las balas hacian temblar la casa de tal modo, que no siendo posible ponernos á la mesa, porque esta se hubiera caido, nos sentamos en el suelo. Aun no haria un cuarto de hora que estábamos comiendo, cuando cayó una bomba á un metro de distancia del sitio en que nos hallábamos, lo cual fué bastante para que todos se levantaran y se alejasen presurosos, y ya mi amigo Vecchi iba á seguirles cuando yo le cogí del brazo, y como era miembro de la Asamblea le dije sonriendo: «Padre de la patria, no abandoneis vuestra silla curul, que por ahora no hay peligro.» En efecto, la bomba reventó por el lado opuesto al en que

estábamos, segun yo esperaba, y todo se redujo á que nuestra comida se llenase de polvo.

«Vecchi hizo bien en aprovecharse de mi convite, pues no comiamos todos los dias, atendido que el mozo de la fonda, atemorizado al oir el estampido de los cañonazos ó las descargas de fusileria, y sobre todo, al ver el camino lleno de heridos y muertos, no se atrevia á llegar hasta donde yo estaba, y entonces, el primer llegado se apropiaba la comida. Una mañana á las tres, uno de mis soldados, un tal Casanova, me hizo un plato de macarrones, y á no ser por esto, hubiera pasado cuarenta y ocho horas sin tomar mas que una taza de café y dos ó tres botellas de cerveza.

«No deja de ser estraño que en todas las escenas chistosas que entonces tuvieron lugar, figurase siempre Vecchi en primer término. Un dia que vino á verme, acababa yo de sentarme á la mesa, pues los señores artilleros franceses habian tenido á bien dejarme un rato en paz, y ante mí humeaba un guiso muy sabroso; yo me aparté un poco para que se sentara Vecchi, á quien invité á tomar algo, y ya se preparaba mi amigo á utilizarse del ofrecimiento, cuando Manara le detuvo diciendole:

—No toqueis nada, Vecchi, van ya tres dias que los oficiales que han comido con el general, han muerto antes de hacer la digestion.

«Y esto era verdad: David, Roser, y Panizzi, habian muerto, como decia Manara.

—«¡Bueno! repuso Vecchi, eso cuadra perfectamente con un pronóstico que me han hecho.

—«¿Y cuál es? preguntó Manara.

—«En mi infancia, me predijo una gitana que moriria en Roma á la edad de treinta y seis años y muy rico. En 1838, al hacer un viage á pié desde Nápoles á Salerno, encontré cerca de Sarno á una gitana á quien me empeñé en dar un beso porque tenia los ojos hermosísimos, y como sacase un cuchillo para impedirme que me acercase, yo la enseñé una moneda de plata, argumento que pareció convencerla. Entonces me cogió la mano, y me predijo tambien que moriria en Roma á los treinta y seis años y muy rico. Ahora bien, tengo esa edad, pero me encuentro pobre; mi salud es demasiado buena para que piense en morir, y siendo fatalista como un mahometano, creo que lo que está escrito, escrito está, de modo que, dadme un poco de ese asado, general.

«Todos nos reimos al oir la historia, pero Manara permaneció silencioso y dijo luego:

—Todo eso está muy bien, Vecchi, pero no me tranquilizaré hasta que acabe el dia.

«Y volviéndose hácia mi, añadió:

—¡Por Dios! general, no le envieis á ninguna parte hoy.

«Esto le convenia mucho á mi amigo; estaba cansadísimo por haber hecho la guardia dos noches seguidas, y despues de comer me pidió permiso para ir á descansar.

—«Echaos en mi cama si quereis, dijo Manara, no sé si con formalidad ó por seguir la broma; pero en nombre de Dios no salgais hoy.

«Vecchi aceptó el ofrecimiento y fué á echarse en la cama de Manara, pero media hora despues, al observar que los franceses colocaban gaviones en las trincheras abiertas frente á nuestra bateria, busqué á un oficial para que al frente de una docena de tiradores, hiciese fuego contra el enemigo. No recuerdo donde habia enviado á toda mi gente, pero es lo cierto que me hallaba solo; entonces pensé en el pobre Vecchi que estaba durmiendo á pierna suelta, y aunque contra mi voluntad, pues entonces llovian las balas que era un contento, le desperté diciéndole:

—«¡Vamos, levantaos! habeis dormido veinte y cuatro horas; la prediccion de Manara no debe inquietaros ya; tomad una docena de vuestros mejores tiradores, y ved si haceis callar por algun tiempo al enemigo.

«Vecchi, que es un bravo en toda la estension de la palabra, no necesitó que le repitiera la órden; reunió una docena de *bersaglieri*, apostólos tras de de una barricada que levantaron los zapadores bajo la direccion del teniente Parzio, y desde allí hizo un fuego tan mortífero contra los franceses, que estos se vieron en la precision de contestar con sus cañones, no pareciéndoles ya bastante sus descargas de fusilería. Media hora despues, uno de mis soldados vino á bus-